



La Leyenda
de los Cinco Anillos

Río Venenoso

EL PRIMER MISTERIO DE DAIDOJI SHIN

JOSH REYNOLDS

minotauro



RÍO VENENOSO

Un misterio de Daidoji Shin

JOSH REYNOLDS

minotauro

Título: *Río venenoso*

Copyright © 2022 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
La Leyenda de los Cinco Anillos y el logotipo de FFG son marcas comerciales de Asmodee Group y/o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2020 por Aconyte Books

Título original: *Poison River*

Ilustración de la cubierta: John Anthony di Giovanni
Ilustrador del mapa de Rokugan: Francesca Baerald

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Daniel Casado

Edición revisada por: María Ríos

ISBN: 978-84-450-1158-4
Depósito legal: B. 17.397-2021
Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 1

Daidoji Shin

—¡Tramoso!

Un puño se estrelló contra la mesa para acentuar la acusación e hizo que los dados tintinearan.

Daidoji Shin alzó la mirada del tablero con una expresión tranquila.

—En efecto —dijo—, no podría estar más de acuerdo con tu dictamen.

Su acusador lo miró estupefacto. Tenía el aspecto tosco de un marinero, quizá uno de aquellos que navegaban por las agitados aguas del río del Mercader Ahogado. No obstante, el modo en el que manejaba sus fichas dejaba entrever que también se dedicaba a otra profesión: la de jugador. Para ganarse la vida con ello hacía falta tener unas manos rápidas y una mente aguda. Por desgracia, el marinero parecía poseer la primera cualidad, pero no la segunda.

—¿Lo... lo admites? —gruñó.

Shin, a diferencia de su acusador, era alto y esbelto. Vestía una túnica de un color indefinido sin ninguna insignia y tenía el cabello blanco, aunque se lo había embadurnado con aceite y cenizas para que pareciera oscuro bajo aquella luz tenue. Se disfrazaba más por tradición que por otra cosa.

Se esperaba que los miembros del Clan de la Grulla se esforzaran al menos un poco por esconder sus orígenes cuando frecuentaban lugares como aquel; las personas de clases inferiores se sentían más cómodas si creían que estaban jugando con otro

plebeyo sin importancia y no con un vástago de uno de los Grandes Clanes. En realidad, Shin estaba distanciado del clan en aquellos momentos debido a una pequeña cuestión relacionada con una reunión ilícita. Sin embargo, él estaba convencido de que se solucionaría pronto, y, si no se solucionaba, pues tampoco pasaría nada. Había destinos peores que distanciarse de un clan.

Shin observó a su acusador con atención.

—¿Que eres un tramposo? No veo cómo podría negarse, pero me parecía de mala educación decirlo, ya que no soy más que un recién llegado en este elegante establecimiento. Me imaginaba que era... una especie de prueba. Una broma que se les gasta a los nuevos jugadores.

Miró alrededor del local, como si quisiera comprobar su teoría.

Era un lugar feo y diminuto, como solían serlo aquellos establecimientos dedicados al vicio. En su opinión, cuanto más feos, mejor. Las bellas fachadas eran para comerciantes. Para él, el oro y la elegancia no hacían más que distraer sus sentidos. Anhelaba un lugar lleno de discordia que contrastara con su organizada existencia de todos los días.

El establecimiento consistía en una sola cámara, construida alrededor de un hogar central. El aire se sentía pesado por el humo y la peste del sake derramado, así como por el hedor a pescado podrido. Los azotes del mar contra el muelle podían oírse cuando las voces y la música aminoraban. Los jugadores y sus seguidores llenaban los bancos y las mesas, donde los dados tintineaban y las fichas repiqueteaban.

El acusador de Shin vaciló, sopesando el repentino flujo de palabras.

—Aquí el tramposo eres tú, no yo.

Su mano se acercó peligrosamente al cuchillo tanto que portaba en su costado. La mirada serena de Shin se desvió por un instante a la hoja y luego volvió a posarse sobre su acusador. Su expresión no había cambiado.

—Una acusación para nada merecida y algo injusta además, teniendo en cuenta que estoy cumpliendo con las reglas que has establecido. ¿Quizá quieras reconsiderarlo? —Shin sonrió—. Va, incluso te pagaré una bebida. De hecho, ¡una ronda para todos! —Se produjo un murmullo de alegría en la sala debido a aquella muestra de generosidad, y los otros hombres de la mesa asintieron.

—No. Yo no bebo con tramposos.

—Entonces tendrás que beber solo, pues me temo que todos somos igual de culpables. —Shin miró a su alrededor tentativamente, pero ninguno de los otros jugadores le devolvió la mirada. Asintió, satisfecho—. Tal como pensaba —dijo, antes de volverse hacia su acusador—. ¿Lo ves? Ahora siéntate. Continuemos, y que gane el tramposo más astuto.

Su acusador tenía la mirada fija en él. Shin podía leer la expresión del rostro de aquel hombre con la misma facilidad con la que un escriba leía un libro. Había algo de furia en ella, aunque principalmente consternación. La conversación no iba como se la había imaginado. Shin sospechaba que aquella escena era habitual en aquel lugar. Se acusaba al recién llegado, se le pedía una compensación y se le echaba antes de que se diera cuenta de lo que había pasado. Una buena y productiva estrategia.

Sin embargo, Shin no estaba interesado en aquel tipo de juegos aquella noche. El caos le provocaba un estremecimiento en lo más profundo de su interior. Era una sensación que le resultaba familiar, la sensación de querer actuar en contra de todo lo que se esperaba de él. Era una aflicción de la mente y del espíritu que se había aferrado a él desde su juventud, lo había metido en numerosos líos con su familia y no parecía que fuera a desaparecer con la edad.

Volvió a observar a su acusador y se permitió dedicarle el tipo de sonrisa que solo un idiota podría tomarse como una provocación. El hombre reaccionó tal como Shin había espe-

rado. La mano en la empuñadura del tanto se cerró y la hoja salió con un susurro salvaje. En un instante, el antro se quedó en silencio.

Shin se levantó, y su acusador se frenó, indeciso. El Daido-ji abrió las manos para mostrar que no llevaba ningún arma. En su opinión, era más probable que se metiera en líos alguien que portaba una espada que alguien que no. Ni siquiera había llevado consigo su wakizashi.

—Piensa con calma —le dijo—. ¿Destriparme es realmente lo que quieres hacer?

El ataque fue torpe, sin disciplina. El jugador era un matón, y sus habilidades se habían refinado en peleas de callejones. Shin, en cambio, había entrenado con algunos de los mejores guerreros de todo Rokugan, o así había sido siempre que le había convenido prestar atención a sus lecciones. Shin retrocedió un par de pasos, cogió su silla sin mirar y la interpuso entre ellos. El tanto se clavó en la madera, y lo único que tuvo que hacer después fue lanzar la silla fuera del alcance de su atacante con un giro de muñecas. El jugador vaciló y sus ojos se empezaron a abrir comprendiendo.

Aquel momento de reflexión fue su perdición. Shin le asestó un manotazo en la nariz, no con fuerza, aunque sí con suficiente firmeza, como si estuviera domando a un animal que no se sabía comportar. El jugador retrocedió llevándose las manos a la cara, pero Shin no fue a por él.

—Que esto sea el final de la pelea —le dijo en voz alta—. O tendré que empezar a enfadarme.

Todas las miradas estaban puestas sobre la pelea en aquel momento, y algunas eran más hostiles que otras. Los bancos y los taburetes se arrastraron por el suelo de tierra y varios hombres se levantaron. Cinco en total. Tenían aspecto hosco y parecían estar bien armados para el lugar en el que se encontraban, pues portaban tantos, kamas y yaris.

Shin frunció el ceño. La suerte se había tornado en su con-

tra. Había llegado la hora de retirarse con rapidez pero con elegancia, algo que había tenido que hacer más de una vez en su vida. Conforme los hombres avanzaban hacia él, apartó de un empujón a uno de los otros jugadores, cogió la silla de este y la lanzó contra sus contrincantes. Luego se volvió y salió corriendo. Oyó un golpe y varios gritos, pero no miró atrás. Cruzó la puerta y se resbaló en el barro de la calle, aunque consiguió mantenerse en pie.

Varios perros ladraron, y alguien le gritó desde una puerta cercana mientras recorría a toda velocidad el angosto callejón que conducía al río. Aquella parte de la ciudad era un laberinto de calles sinuosas y puestos torcidos, los últimos vestigios del humilde pueblo pescador que había sido en otros tiempos. Era de madrugada, e incluso los pájaros del río seguían durmiendo.

Giró en una esquina hacia una calle lateral, siguiendo el sonido del agua, y se detuvo tras deslizarse en el suelo. Una silueta, iluminada por las lámparas colgadas al principio de la vía lo esperaba al otro lado de la calle. Iba enfundada en una armadura ligera del color del cielo tempestuoso y llevaba dos espadas envainadas a su lado, una katana y un wakizashi. Tenía el rostro descubierto y el pelo recogido en la parte alta de la cabeza. Su cara mostraba una expresión de desaprobación, como de costumbre.

—Es un idiota —dijo ella, seria.

—Hola, Kasami. Pensaba que estabas durmiendo —contestó Shin con una sonrisa.

El rostro de la mujer se enfureció. Hiramori Kasami había nacido en las marismas Uebe en una familia vasalla. No obstante, el Clan de la Grulla no permitía que el simple hecho de nacer en la familia equivocada fuera un impedimento para el potencial de alguien, por lo que ella se había convertido en un soldado del clan, una con un instinto muy afilado, algo que resultaba evidente incluso para los más estúpidos. También era

la yojimbo de Shin, y tener que ser su guardaespaldas la fastidiaba hasta extremos inconcebibles.

—¿Por eso decidió escabullirse sin avisar? —le preguntó.

—Exacto. Bueno, eso y que sabía que intentarías detenerme —le contestó él, encogiéndose de hombros.

Kasami dejó escapar un sonido grave desde el fondo de su garganta, algo a medio camino entre un suspiro y un gruñido.

—¿Cómo puedo protegerlo si insiste en dejarme atrás?

—¿Alguna vez has pensado que ese puede ser el motivo de estas escapadas? —Shin se volvió hacia el ruido de rápidas pisadas—. Sea como sea, te alegrará saber que me lo he pensado mejor. Puedes retomar tus obligaciones.

La respuesta de Kasami se perdió en el aluvión de maldiciones que indicaba que el jugador y sus camaradas se acercaban. Los recién llegados se detuvieron con torpeza al ver que Kasami desenvainaba su katana y se colocaba en posición de batalla. El solo hecho de ver la espada los dejó mudos.

El jugador se abrió paso entre los demás y se plantó delante de ellos con una expresión perpleja. Su mirada pasó de Shin a Kasami mientras ataba cabos. Que alguien como ella estuviera en aquel lugar en aquel momento significaba que Shin no era un simple pardillo al que estafar, sino que se trataba de alguien importante. Alguien que había visto su cara y la de sus camaradas. Shin vio cómo la expresión calculadora del hombre se llenaba de terror, después este palideció y dio medio paso hacia atrás. La mirada de Kasami se posó en él como la de un depredador, y el jugador se quedó paralizado en su sitio.

—Que conste que te lo advertí —dijo Shin—, pero algunos hombres hacen oídos sordos a todo, incluso al susurro de la fortuna. —Esbozó una pequeña sonrisa y se volvió hacia Kasami—. Mata... a tres de ellos. Creo que eso será lección suficiente.

—No —respondió ella, mirándolo de reojo.

—Como quieras. Mátales a todos, entonces.

Kasami se echó hacia atrás y envainó su espada sin hacer ninguna floritura.

—Si los quiere muertos, hágalo usted mismo. No estoy aquí para limpiar sus estropicios.

—Pero estás aquí para mantenerme con vida. Y me parece que quieren matarme.

—A mí me parece que usted los has provocado.

Shin frunció el ceño.

—Soy tu señor, ¿recuerdas?

—No, su abuelo es mi señor. Usted es una carga.

La expresión de Shin se llenó de inocencia herida.

—Qué palabras más hirientes, Kasami. Después de todo lo que he hecho desde que llegamos aquí para intentar que te lo pases bien...

Ella resopló y se apoyó contra el muro de la calle, con una mano sobre la empuñadura de su katana. Miró al jugador e hizo un gesto en dirección a Shin.

—¿A qué esperas? Ahí lo tienes.

El jugador y sus camaradas habían estado escuchando la conversación de los otros dos con expresiones confusas, pero en aquel momento intercambiaron una mirada, sin saber cómo actuar. Shin, compasivo con su situación, decidió ofrecerles su consejo.

—No interferiré, de eso podéis estar seguros. Es una lástima, aunque habla muy en serio sobre todo esto. —Levantó un dedo a modo de advertencia—. Sin embargo, si me ocurre algo, es posible que se lo tome como una ofensa.

Kasami asintió.

—Sería mi deber vengarlo. Y todo un placer, además.

Su sonrisa era tan fría y afilada como el filo de una espada.

—Eso mismo. ¿Lo veis? —dijo Shin, encogiéndose de hombros.

El jugador se lamió los labios mientras sopesaba la situación y, una vez más, demostró no ser muy listo.

—Solo son dos. Matadlos, así no habrá testigos.

Shin miró de reojo a Kasami, quien suspiró y se apartó de la pared mientras desenvainaba su espada. El Daidoji se volvió, y el jugador se abalanzó sobre él a toda prisa, pero él lo esquivó y lo golpeó en la nuca con el borde de la mano. El jugador se desplomó y soltó el tanto que empuñaba. Shin lo recogió y se volvió con rapidez, pero comprendió que no había motivos para actuar con prisa. Su yojimbo, como de costumbre, lo tenía todo más que controlado.

Kasami sacudió su hoja para quitarle la sangre. Cuatro de los camaradas del jugador habían muerto en apenas unos instantes. El quinto estaba herido, aunque, por el aspecto que tenía, parecía que no iba a sobrevivir a aquella noche. Se había sentado apoyándose en el muro, con el semblante pálido y los brazos rodeándose el estómago, que amenazaba con derramar sus contenidos sobre la sucia calle.

—Creía que no ibas a matarlos —suspiró Shin.

—No he tenido más remedio —contestó Kasami. Luego se volvió y miró al jugador—. ¿Y qué hacemos con él?

Shin tiró el cuchillo a un lado.

—Creo que ha aprendido su lección. —Se agachó al lado del hombre y le dio un golpecito con un dedo—. ¿No es así?

El jugador respondió con un lloriqueo. Shin volvió a pincharlo.

—¿Cómo te llamas?

—K... Kitano —tartamudeó. Miró los restos de sus compañeros, que ya estaban atrayendo a las moscas—. No... no me mate, mi señor, por favor.

—No osaría, Kitano, pero me temo que Kasami es muy estricta en cuanto a dejar testigos se refiere. —Shin se acercó aún más al jugador—. Dicho esto, se podría hacer una excepción si alguien quisiera, digamos, ser de utilidad. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Kitano tragó y asintió.

—S... sí.

—Buen chico. Por último, una advertencia: no sería muy difícil localizarte la próxima vez que venga a buscarte. Kasami podría impacientarse, y no creo que eso te guste...

Shin le dirigió una mirada significativa a los cadáveres mientras hablaba. Kitano asintió con fuerza, y Shin se levantó.

—Disfruta del resto de tu noche —continuó—. Y gracias por una velada tan entretenida.